



Alfonso Alcalde

Su cuerpo quedará en Tomé

AUTORRETRATO Nº 1

Hoy no estoy
escapé de la hora mun-
dial
y no tengo piel
me desalojé
y soy lo voy nombrando
y voy en lo que va
volando
y creo en lo que sigo
mintiendo

Muro del aire y de las
edades
no me detengas!
En un puñado llevo la
sorpresa
de los huesos, el azar, la
posibilidad
el cálculo, la suma, la
puerta de una vida,
el riesgo, la sangre que
más tarde
me edificará, de paso en
el trigo.

Pero sigo transparente
y caigo en mi nombre
crucificado y estaciona-
rio
como una carta en el ojo
de la amada.

Soy el incongruente
el que no alcanza en su
espejo
el que se evade de su
racimo
y desde afuera lo ataca
y desde adentro lo niega.

¡Vámonos, Alfonso -me
digo-
en la mudanza sin
término
con los bártulos del cielo
hasta la muerte secreta
donde mi mujer está
también naciendo
y por fin/ me acomodo/
tomo sus pulsaciones,
incorporado al arco de
sus seno
armado en la torre de sus
muslos
levantado en la onda de
su entrega
y cuando por fin la
completo
sé que existo,
y ya no soy sino lo que
ella ordena:
una mano que escribe
y otra que va borrando.

Lillian Bizama / Tomé

Esta tarde se realiza-
rán en la localidad
de Tomé, de la
Octava Región, los
funerales de Alfonso
Alcalde, escritor,
periodista y personaje de la
cultura chilena quien
escribió más de 5 mil

reportajes, publicó al menos
29 libros, investigó y
recopiló usos y costumbres
populares compartiendo el
quehacer de los sectores que
le interesaron.

También incursionó
en el cine y el teatro y se le
reconoció como poeta,
dramaturgo, novelista,
narrador y conversador

culto, ameno, profundamen-
te humano y original.

Alfonso Alcalde, de
71 años de edad, era de
Tomé, donde la comunidad
reaccionó con dolor,
impactada, cuando la
radioemisora local difundió
la noticia de que su cuerpo
había sido hallado por sus
vecinos, colgado con un

cinturón, en lo que se
presume un acto al que lo
impulsó la depresión y, tal
vez, un problema de salud.

Los restos del escritor
serán sepultados en el
Mausoleo del Círculo de
Bellas Artes de Tomé,
después de un velatorio en
la Asociación de Pensiona-
dos de la misma localidad.

Romántico a trasmano

La muerte -casi a
modo de obsesión- ha sido
un tema recurrente en la
literatura. Quizás como
signo de fatalidad que no
sólo ha marcado grandes
páginas, excepcionales
obras. Ha ido más allá
alcanzando con los signos de
la tragedia a muchos autores.

El suicidio de Alfonso
Alcalde no es, en modo
alguno, el único que registra
la historia de las letras en
Chile. La depresión marcó
también la vida de Joaquín
Edwards Bello, quien
terminó sus días, también de
un balazo. Omar Cáceres,
poeta de los años 36,
miembro de la generación de
Miguel Serrano, es otro de
los autores que engrosa la
lista de hombres de letras
que optaron por el suicidio.
Y Rodrigo Lira, considerado
como el poeta máximo
representante de la genera-
ción de los 70, puso fin a su
vida, abriéndose las venas en
el baño de su casa.

Premio Nacional de
literatura, Pablo de Rokha
conmovió al país cuando en
1968 se quitó la vida de un
balazo. Más tarde, le siguió
su hijo, Pablo Díaz, también
poeta. Ambos compartieron
una gran amistad con
Alcalde. Incluso más. Se
dice que De Rokha constitu-
yó siempre para el narrador
una especie de maestro, de

*Una vida de aventura
que terminó por su
propia voluntad.
Alfonso Alcalde decía
que su existencia era
igual a un folletín.*

modelo. Asimismo, junto al
hijo del poeta, compartió
innumerables jornadas
bohémias.

De azarosa vida,
Alfonso Alcalde fue un
hombre que amó la soledad.
También la marginalidad.
Proclive a las depresiones,
que según sus amigos
provenían de una especie de
inmadurez emocional que
nunca logró superar. Él
mismo calificaba su vida
como un "dramón" en el que
ningún ingrediente estaba
ausente. "Un folletín
llamado Alfonso Alcalde",
llegó a titular en alguna
ocasión, un artículo donde se
autoentrevistaba.

Errante y aventurero.
Deambuló por las tierras de
América desempeñando los
más diversos oficios:
cuidador de plazas, cuervo
de pompas fúnebres en el
norte de Argentina, picape-
drero, pero, ante todo,
vagabundo. Por aquellos
años, sólo la tuberculosis le
haría tomar un descanso:

estuvo hospitalizado en
Buenos Aires.

El tema de la muerte
estuvo presente en la
mayoría de sus libros. Como
en *Panorama ante nosotros*,
que escribió mientras
disfrutó del retiro en
Coliumo, en los alrededores
de Concepción. "Pensé que
este sitio reunía todas las
cualidades para escribir un
poema épico. Es una ciudad
trágica, azotada por terremo-
tos, malones de indios, hasta
ha cambiado de lugar y con
algo principal en la época:
un río", declaró Alcalde.

Hombre de pocos
amigos, Luis Sánchez
Latorre, Filebo, (ex presiden-
te de la SECH) estuvo cerca
suyo, en lo profesional y en
lo personal. Lo define como
un trahumante: "No podía
permanecer en un mismo
lugar durante mucho tiempo.
Era un gran amigo y una
persona muy apreciada por
el mundo intelectual".

Escritor prolífico,
muchas veces publicó sin

poner firma. "Era un gran
reportero que se apasionó,
especialmente, con la sección
policial. Quizá varias fueron
las veces en que analizó en
sus crónicas el caso de
alguien que murió colgado
con una soga", recuerda
Filebo.

Empezó en radio,
haciendo libretos. Luego, en
la prensa, trabajó en casi
todas las publicaciones de
izquierda. "Tuvo el pago de
Chile: llegó a los 70 años sin
tener ninguna previsión",
indica Sánchez Latorre.

Se casó cerca de siete
veces y tuvo más de diez
hijos, uno de los cuales es un
reconocido dibujante italiano.
"Fue un romántico a
trasmano, una especie de
adolescente contra la flecha
del tránsito. Se había
separado hace poco de su
última esposa. En Tomé
arrendaba una pieza muy
humilde. Iba y venía para ver
a sus hijos".

Otro ex presidente de
la SECH, Jaime Quezada,

comenta: "Era un cuentista
de primera línea, con
personajes vivos y reales.
Su obra más importante es
*El áuriga Tristán
Cardemilla*. Sus personajes,
marginales la mayoría de
las veces, estaban siempre
cargados de humanidad,
pero poseían un sino de
tragedia, desesperante y
dolorosa. Me conmueve su
muerte, muchísimo.
Primero porque se trata de
la muerte de un escritor tan
vital, con quien tuve una
estrecha relación. Lo conocí
en la Universidad de
Concepción, mientras yo
estudiaba. Fue un maestro
para mí. Después hubo una
relación en lo literario y en
lo personal. Era un amigo
con el cual tenía mucha
confianza y afecto. Vivía
como en la cuerda floja.
Siempre fue así. Más que
una depresión puntual, lo
más probable es que haya
pensado que había llegado
el minuto de poner fin a su
vida".

